

CAPÍTULO XV

Sale Cortés de la Habana para las costas de Yucatan.—Alocucion de Cortés á sus soldados.—Llega la escuadra á Cozumel.—Conducta laudable observada con los indios.—Armonía entre sus habitantes y los españoles.—Política acertada de Cortés.—Pasa revista á su gente.—Número de hombres que llevaba.—Envia Cortés mensajeros para salvar á unos cautivos españoles.—Cortés derriba los ídolos de un templo de Cozumel.—Se colocan en el lugar de ellos una imágen de Nuestra Señora y una cruz.—Buena amistad entre los caciques y Cortés.—Parte éste de Cozumel, recomendando que cuiden del altar de la Virgen y de la cruz.—Cortés arriba á Cozumel.—Cuidado que los indios habian puesto en acatar las órdenes de Cortés.—Llega á Cozumel uno de los cautivos españoles, llamado Gerónimo de Aguilar.

1519. Brilló pura y serena la aurora del 10 de
Sale Hernan Febrero de 1519.
Cortés para las Desde que dejó vislumbrar sus primeros
costas albores, se notó un activo movimiento á
de Yucatan. bordo de los once bajeles que formaban la flota.

Hernan Cortés, sus capitanes y soldados, seguidos de los pilotos y marineros, se dirigieron al templo para asistir á la solemne misa que se mandó decir para implorar el

favor del cielo en la empresa que se acometia. El mayor recogimiento y compostura reinó durante la augusta ceremonia. Todos pidieron, con fé viva, el amparo de la Divinidad, pues jamás se emprendia una importante jornada sin impetrar el auxilio del Sér Supremo.

Cortés puso, desde aquel solemne momento, la flota bajo el inmediato patrocinio de San Pedro, á quien desde su infancia tenia por patrono.

Terminada la ceremonia, los soldados y capitanes se dirigieron á sus respectivos bajeles, y pronto estuvo todo dispuesto para hacerse á la vela.

Levadas las anclas y tendidas las velas en los buques, Cortés ordenó á D. Pedro de Alvarado que, adelantándose por el lado del Norte, fuese á esperarle en el punto de San Antonio, donde acaso se encontraria ya Diego de Ordaz. Al mismo tiempo envió por tierra mensajeros á este último, por si aun se hallaba en Guaniguanico, avisándole que aguardase en el sitio señalado para la reunion de todos.

Un inmenso gentío cubria el muelle de la Habana, mirando la maniobra y esperando la partida de la escuadra.

El viento era bonancible, y el horizonte se presentaba limpio y despejado.

Pocos instantes despues de haber comunicado sus órdenes al capitan Alvarado, salia de la Habana la flota con direccion al cabo de San Antonio, punto de reunion, como se ha dicho, de la escuadra.

Algunos escritores han censurado la conducta de Cortés, presentándole como rebelde á la autoridad principal de la isla, cuyas órdenes debia haber acatado sin oponerse á ellas. Pero es preciso no perder de vista que las circuns-

tancias en que se hallaba Cortés no eran las mismas, que eran verdaderamente excepcionales. Cortés, en aquella empresa, no era un simple subalterno de Velazquez, sino su socio. Habia empleado toda su fortuna y comprometido su crédito, pidiendo, bajo su responsabilidad, gruesas cantidades para abastecer la armada. Todos sus bienes y hasta su buen nombre estaban comprometidos en aquella expedicion que se le habia confiado. Si Velazquez no le hubiese nombrado jefe de ella, Cortés no hubiera arriesgado su presente y su porvenir. Su conducta, desde que recibió el mando, habia sido leal, y ninguno de sus actos presentaba contradiccion con los intereses generales. La órden de destitucion no reconocia por origen mas que la bastarda envidia de algunos émulos que rodeaban al suspicaz gobernador. Cortés debia temer que estos émulos, una vez reducido á prision, se manifestasen mas potentes; que á las calumnias primeras, añadiesen otras aun mas terribles, y que, hallándose sin defensa, sin caudal y sin favor, acaso se le condenase á perder la vida, y con ella hasta su honor.

No trato de justificar por esto el acto de desobediencia, siempre censurable, sino de manifestar que era disculpable por los intereses de gloria, honra, vida y hacienda que tenia comprometidos en aquella empresa el hombre á quien se le despojaba, sin razon ninguna justificable, del cargo que se le habia confiado.

Así la envidia de émulos indiscretos y de consejeros venales, suele producir conflictos y discordias trascendentales entre servidores y gobernantes que hubieran marchado siempre unidos á la consecucion de un noble objeto.

Llegada la flota al cabo de San Antonio, desembarcó la gente en Guaniguanico, estancia perteneciente, como se ha dicho, al gobernador D. Diego Velazquez, y á donde se le habia enviado á Ordaz á proveerse de cerdos y de diversos víveres.

No encontró Cortés al buque de Alvarado en el cabo de San Antonio, á donde habia mandado á éste que le esperase, y aguardó algunas horas en Guaniguanico para ver si llegaba.

Entre tanto hizo que los soldados se ejercitasen en el manejo de las armas, pasando el dia en actividad, siempre conveniente á los ejércitos.

Cortés conocia todas las dificultades de la empresa que iba á acometer, y sabia que de la subordinacion y de la pericia dependia en gran parte el éxito de aquéllas.

Diestra arenga
de Cortés
á sus soldados. Viendo el entusiasmo que animaba á los oficiales y soldados para la expedicion á que se disponian, no quiso ocultarles las dificultades de ella.

Conocia el carácter emprendedor de la gente que mandaba, y que era preciso ponderarle los peligros que se iban á arrostrar; pero envolviéndolos con la recompensa de la gloria y de un porvenir dichoso que serian el premio de los que sobreviviesen á la conquista.

«Yo acometo,—dijo á sus capitanes y soldados,—una
»grande y famosa hazaña, que será despues muy glo-
»riosa. He hecho en ella grandes gastos, en que tengo
»puesta toda mi hacienda y la de mis amigos, y aun me
»parece que cuanto menos tengo de ella, he acrecentado
»en honra, pues se han de dejar las cosas chicas cuando
»las grandes se ofrecen. Callo cuán agradable será á Dios

»nuestro Señor, por cuyo amor he puesto de muy buena
»gana el trabajo y los dineros. Vamos á comenzar guerra
»justa y buena, y de gran fama. Dios todopoderoso, en
»cuyo nombre y fé se hace, nos dará victoria. Yo os pro-
»pongo grandes premios, mas envueltos en grandes tra-
»bajos; pero la virtud no quiere ociosidad, y si no me
»dejais, como yo no os dejaré á vosotros ni á la ocasion, os
»haré en breve espacio de tiempo los mas ricos hombres
»de cuantos acá jamás pasaron, ni cuantos en estas partes
»siguieron las guerras.» Cortés terminó la alocucion di-
ciendo que, aunque fuesen pocos en número, no tenian
nada que temer; que sabian por experiencia que Dios
habia favorecido siempre en aquellas tierras á la nacion
española, y que á ésta nunca le habia faltado, ni le fal-
taria, virtud y esfuerzo.

Este discurso en que resumia Cortés todas las ideas que dominaban en aquel siglo y que dirigian los pasos de los conquistadores, inflamó el corazon de sus subordinados, que anhelaban ya presentarse como actores en el vasto teatro en que debian efectuarse grandes acontecimientos.

Pocas horas despues, aquellos hombres que aun sentian inflamado su corazon por las palabras de su general, dejaban definitivamente las costas de la isla de Cuba para dirigirse á las de Yucatan.

La escuadra, procurando ir siempre unida, siguió su marcha hácia la isla de Cozumel, primer punto de las nuevas regiones descubiertas, donde debian detenerse, sin que hubiese encontrado en su rumbo el barco en que habia salido de la Habana Alvarado.

Algunos fuertes vientos que encontró el buque en que

éste iba, obligaron al piloto á tomar otra direccion, dando por resultado que llegase al frente de la isla de Cozumel dos dias antes que el resto de la flota.

Llega Alvarado á Cozumel antes que Cortés. Alvarado saltó á tierra con sesenta soldados que llevaba, entre ellos Bernal Diaz del Castillo. Los indios de la poblacion huyeron fuera de ella al acercarse los españoles, no quedando en Cozumel un solo habitante. Como Alvarado conocia el terreno, por haber hecho aquel viaje en la expedicion de Grijalva, dispuso marchar á otro pueblecito que se hallaba á una legua de distancia, creyendo que sus vecinos esperarían. Pero se equivocó. Los vecinos huyeron, abandonando sus cortos intereses, que consistían en maíz, pimiento y algunas gallinas, y únicamente se consiguió capturar á dos indios y una india. Pedro de Alvarado, que si le sobraba valor, carecia de prudencia, mandó á los soldados que se apoderasen de las gallinas que habian dejado, que ascenderían á cosa de cuarenta; y dejó que tomasen, de un pequeño *teocalli*, ó templo, algunas piecitas insignificantes de oro bajo, que servían de adorno á los ídolos.

Viendo que seria inútil continuar dirigiéndose á otros pueblos, volvió á Cozumel, á donde dos dias despues llegó la escuadra.

Cortés reprende á Alvarado, y manda volver á los indios lo que les tomó. La conducta observada por Alvarado, apoderándose de los cortos bienes de los indios, fué enérgicamente reprobada por Cortés. La política que éste se habia propuesto seguir con los habitantes de aquellos países no era la del despojo y el terror, sino la de la bondad y la persuasion, reservando la fuerza de las armas solamente para los casos

indispensables. Altamente indignado por aquel procedimiento, reprendió severamente á su subalterno delante de todo el ejército, diciéndole que no era ultrajando y apoderándose de la pobre hacienda de los naturales como se habia de atraer el aprecio de aquellos pueblos, sino por la generosidad y el buen trato. Luego, para reparar la mala impresion que pudo causar en el ánimo de los habitantes la conducta del irreflexivo capitán, ordenó que se le presentasen los dos indios y la india que habia capturado. Al tenerles en su presencia, Cortés, por medio del intérprete Melchorejo, hecho prisionero en Yucatan en el viaje de Grijalva, pues habia muerto en la Habana el llamado Julian, les manifestó las miras pacíficas que la expedicion llevaba; que su ánimo no era otro que entablar amistosas relaciones con su cacique, á quien deseaba conocer; que le hiciesen presente sus pacíficas intenciones y el deseo que tenia de que todos volviesen á sus hogares para hacerles ver su buena amistad. Terminadas estas palabras satisfactorias, les entregó las piecitas de oro tomadas de los ídolos; les pagó en vistosos dijes el precio de las gallinas para que se los diesen á los dueños de ellas; les regaló deslumbrantes abalorios, tijeras y cascabeles, y les despidió amorosamente dejándoles ir en libertad.

Esta humana política produjo un brillante resultado. Los obsequiados indios se presentaron ante sus compatriotas ponderando la generosidad del caudillo español, y al siguiente dia, el cacique, su familia y todos los fugitivos, volvieron á las poblaciones abandonadas, andando entre los españoles, dice Bernal Diaz, «como si toda su vida nos hubiesen tratado».